

George Steiner

Pruebas

y Tres parábolas



George Steiner, uno de los más brillantes estudiosos de la cultura europea, realiza una particular incursión en la narrativa un género que ha analizado sin cesar en su obra ensayística. *Pruebas y Tres parábolas* se compone de tres relatos breves y uno de mayor extensión, en los que Steiner da voz a aquello que se suele callar, e investiga algunos de los resortes del alma humana.

«Pruebas» es la historia de un corrector, exmilitante comunista que ve desmoronarse a su alrededor los principios que consideraba inmutables. Los cambios en la Europa del Este, y varias inseguridades físicas —su visión disminuye, su poder sexual desaparece— parecen conducirlo a una irreversible situación de desconcierto, que le obligará a asumir nuevos compromisos...

«Discos de la isla desierta» pone de manifiesto cómo el absurdo se puede presentar como una intensa revelación y así Hamlet se vislumbra desde el eructo de Fortinbrás, y tras el barroco análisis de un trío en *La mayor* asoma la subversiva figura de los hermanos Marx; en «Navidad, Navidad» una dulce escena familiar se transforma lentamente en un episodio siniestro. Por último, «Un tema de conversación» es una caleidoscópica visión sobre la difícil decisión de Abraham que muestra el carácter relativo del conocimiento y nuestra incapacidad por asimilar la figura del otro.

El precario refugio de las ideologías, los torvos fantasmas de la familia o la figura de Dios centran estas singulares parábolas y sirven para que el escritor —con un vitriólico sentido del humor— desvele sus postulados éticos. Pero *Pruebas y Tres parábolas* no es un libro de tesis, sino una singular reunión de narraciones que nos devuelve, por fin, a un George Steiner fabulador.

Para Jeanne y Daniel Singer

Estos relatos aparecieron por primera vez en *Granta*. Su existencia se debe en gran parte a la pasión que siente Bill Buford por el detalle y la concisión.

G. S.

Pruebas

1

Ahora el ardor parecía escocerle en la parte de atrás de los ojos.

Treinta años, y más, como maestro de su oficio. El más rápido, el más escrupuloso de los correctores de pruebas de toda la ciudad, tal vez de la provincia. Trabajando todas las noches y durante toda la noche. Para que los documentos legales, las escrituras de venta, los comunicados del tesoro público, los contratos, las cotizaciones bursátiles, aparecieran por la mañana impecables, exactas hasta la última coma. En materia de puntillosidad no tenía rival. A él le confiaban el cotejo de la letra más pequeña, la justificación de las columnas de números más extensas, los interminables catálogos de objetos perdidos y encontrados para subastar a favor del correo y el transporte público. Eran legendarias sus labores de corrección de pruebas de la guía telefónica bianual, de las listas del censo electoral, de las actas del ayuntamiento. Las imprentas, la oficina del archivo público, los juzgados, se disputaban sus servicios.

Pero ahora la sensación de ardor, exactamente detrás de sus ojos, se agudizaba.

Toda una vida inhalando las emanaciones de la tinta fresca, del plomo tibio al tacto. El linóleo de su cubículo, su santuario de la infalibilidad, temblaba con la vibración de las prensas. Huecograbado, linotipo, composición electrónica, fotograbado: todo lo había visto. Se había impuesto a la imperfección, los defectos recurrentes, los coágulos gru-

mosos y a los desquiciadores duendes de cada técnica. Mediante las antenas de sus pulgares reconocía la procedencia, el peso, la marca de agua, el contenido fibroso, la resistencia al rodillo de tinta y al metal caliente de diversos papeles. Al igual que conocía la respetuosa impaciencia del subdirector editorial, mensajero bursátil, subastador, empleado bancario o notario público apostado a la puerta de su celda, a la espera de su discreta y singular rúbrica, tan famosa como el colofón de un renombrado diseñador o la firma de un gran artista plástico. Aquel trazo de su lápiz o su bolígrafo en la orilla misma del ángulo inferior derecho de la página que significaba: *nihil obstat*, texto revisado, sin errores, santificado por la precisión. Imprímase, publíquese, envíese, despáchese por correo al lector o al contribuyente, al cliente o al comerciante, al litigante o al abogado. Para poner orden en el mundo como únicamente puede hacerlo la letra impresa. El códice, el tratado, la escritura, el panfleto o el tomo. Ya rubricados. Con su rúbrica, a veces antes de que la tinta hubiera secado completamente. Legendaria, como todo lo perfecto.

Y con el ardor, como un hilo de humo, una turbiedad.

Él, que nunca había conocido la fatiga de otros correctores de pruebas. Sus migrañas. Sus pérdidas de concentración y el temblor en los dedos. Los estudiantes de derecho y los abogados sin trabajo que a altas horas de la noche o en la madrugada leían pruebas buscando una demanda por libelo lo contemplaban con envidia y ojos legañosos. Con toda mala leche, la firma encargada de imprimir las listas de tenedores de acciones para la venta en el mercado había ofrecido un premio a quien descubriese un error —aunque fuese una inicial falsa— en su trabajo. La botella de champán quedó sin entregar. Había oído la historia de unos correctores en otro país, individuos no más instruidos que él mismo, que habían corregido las demostraciones formales en un augusto trabajo de lógica matemática simplemente al haber detectado irregularidades en el sistema adopta-

do para los símbolos y notaciones algebraicas. Aquella historia lo llenaba de orgullo. Una vez un anticuario, mientras aguardaba la corrección de su catálogo de manuscritos, autógrafos y libros raros, le había contado la curiosa historia de un error de imprenta que había trasmutado en oro puro los versos de un insignificante poeta isabelino. Algún vagabundo había escrito banalidades acerca de una dama cuyo cabello encanecía, de cuyo cabello el antiguo brillo se había apagado, cliché del cual un impresor apresurado había extraído el verso «*a brightness falls from the air*». Aquéllos para quienes el idioma vive consideraban ahora inmortal al poetaastro. Él celebraba y aborrecía a la vez aquella anécdota. Le hacía sentir extrañamente mal, como el olor del sexo cuando era más joven. Toda errata es una falsedad definitiva.

Se restregó los ojos. Un gesto vedado, y hasta ahora innecesario. El gusto a tinta y a ceniza de cigarrillo en el dorso de las manos le resultó momentáneamente picante. Abajo, a sus espaldas, el martilleo de las prensas.

Era el instante que más disfrutaba, casi puerilmente. Al final de la noche, cuando devolvía los lápices primorosamente afilados a su caja —la desgastada caja en la que su padre había guardado sus navajas de filo recto— y restituía al cajón de la derecha el cúmulo de gomas, fluidos correctores y cintas borradoras, apagando seguidamente la luz. Tras lo cual cerraba con llave la puerta de su cubículo y se tocaba la gorra, en discreta despedida dirigida a los impresores, mensajeros y empaquetadores de la ruidosa planta de abajo. Después emergía a través de la pequeña y pesada puerta a las primeras luces. Al primer aliento del día naciente. El termo que llevaba bajo el brazo estaba ahora vacío. Lo mismo que la bolsa del bocadillo, a menos que esa noche la cadencia de los finales de plazo hubiera sido demasiado apremiante. Si estaba vacía, la tiraba en el cubo de la esquina. Odiaba la basura. El papel desechado le parecía el colmo de los desperdicios. Una devastación. A ve-

ces, cuando el viento arrimaba a sus pies un papel, lo recogía, lo alisaba, lo leía atentamente y efectuaba cualquier corrección necesaria. Después lo depositaba en el recipiente de basuras, con una obscura sensación de satisfacción y tristeza. Cualquier testigo de aquel rito le habría tomado por un demente. Pero su figura no llamaba la atención.

Se detenía aguardando a que la mañana imprimiese sombras en el techo del almacén. Allí el papel estaba apilado en gigantescos cilindros, esperando los camiones de reparto y los ciclomotores de los mensajeros para cobrar vida. Sentía en la epidermis el frescor del amanecer. El sencillo y excitante prodigio de la aurora, aunque fuera opacada y barrida por la lluvia. Incluso cuando era poco más que un fulgor difuso detrás de las habituales neblinas. Se volvía ligeramente al este, hacia el sitio donde nacía la mañana. Luego descendía por los peldaños de hierro, encaminándose a la plaza y al tranvía que lo llevaba a casa.

2

Era una figura sumamente familiar para los conductores y los inspectores del tranvía del turno. Entre ellos le llamaban El Búho. No solamente por su trabajo nocturno y por el aire encrespado y parpadeante con que subía a la plataforma del tranvía, sino por la manera como, con el raído tapabocas verde guisante al delgado cuello, se encaramaba inmediatamente a un asiento detrás del conductor y se ponía a observarlo atentamente. La pericia consumada lo fascinaba y consolaba. Cada mañana le proporcionaba un renovado placer el toque preciso con que el conductor movía la palanca de arranque, el golpecito que aplicaba a la manivela del freno, el modo en que parecía calibrar la velocidad exacta a la que debía coger la ruidosa curva que los introducía en la Via Grande. A su vez, de regreso al trabajo —al final de la tarde o ya anochecido—, saboreaba las rectificaciones realizadas por los conductores para equilibrar el vehículo cuando éste iba repleto, cuando eran cada vez más los pasajeros que, camino de sus hogares, forzaban su entrada a través de las puertas automáticas. Por la inclinación del tranvía y el particular sonido de los chirriantes cambios podía decir con los ojos cerrados, sin equivocarse, dónde se encontraban, y en cuál de las once paradas entre Santa Lucía y la imprenta estaban chillando los frenos para detener el vehículo. A veces él y el revisor intercambiaban una mirada. Pero él era parco con las palabras. Las había habido en abundancia durante la noche; habría muchas

más a lo largo de la noche que tenía por delante, minúsculas, estrechamente alineadas, pródigas en errores.

¿A qué conversar cuando podía escudriñar la ciudad que pasaba? Conocía de memoria el trayecto. Fachada por fachada, esquina por esquina, cada intersección registrada en su mapa interno. Reconocía los adoquines de la callejuela que llevaba de la Piazza Borromeo a la factoría de objetos de vidrio en la que el polvo ardiente le había hecho jirones los pulmones a su padre (y le habían negado una indemnización). Mientras el tranvía avanzaba traqueteando, él podía repasar con la vista los frentes de las casas, los nombres de las tiendas. Con apenas mirarlos. Los textos cambiaban. Se derribaban edificios y se alzaban otros. Había visto pequeños archipiélagos de verdor cubiertos de asfalto, y macizos de flores descuajados. Allí donde había estado la clausurada y maloliente Fuente de las Tres Máscaras, había ahora un garaje. Más atención requería el continuo pasaje de los carteles, letreros, anuncios nacionales, regionales y cívicos, que sus ojos captaban incansablemente mientras el tranvía aceleraba o disminuía la marcha.

El recuerdo de las marmóreas y augustas pancartas triunfales, aquel hombre en su caballo blanco, su prominente barbilla, permanecía en su interior nítidamente. Todavía podía ver las letras de un rojo llameante en los anuncios de reclutamiento, en los edictos de festividad o de condena. Inolvidables eran el ocre y el negro: el pretencioso estilo de los caracteres de los tipos de imprenta utilizados en las listas de rehenes ejecutados como venganza. Tras la liberación vino la plétora de carteles electorales con los haces de mies, los gorros frígios, los gallos cacareando al cielo azul, las hoces y martillos, y las laureadas mujeres con sus chiquillos saltando detrás. Un palimpsesto desconchado y perpetuamente cambiante que tenía que hojear velozmente según el tranvía pasaba sacudiéndose. En el decurso de los tiempos tumultuosos, había habido carteles pegados sobre carteles, promesas sobre promesas, edictos sobre prece-

denes edictos de reforma fiscal, cada cual a su vez desgarrado por los vientos que llegaban desde las montañas cercanas en el azulado septiembre tardío, descoloridos luego y convertidos en mojados desechos por las lluvias invernales.

Ahora los carteles y las leyendas eran diferentes. Anunciaban lagos, playas platinadas, lujosos cruceros a plazos. Súbitas deidades del *pop* gesticulaban. Hamburguesas del tamaño de una casa, exuberantes con el sanguino derrame del *ketchup*. Pasaba raudamente el látigo de cuero de la película de horror. Por todas partes brillaban los cuerpos bronceados pero etéreos. Un mundo de tal manera iluminado por el neón, tan lanzado a la oferta, que requería ser mirado a través de aquellas gafas de sol, arlequinadas y con cola de delfín. Los tipos, los encabezamientos, el diseño, lo asqueaban. Tosco trabajo mecánico. Le parecía oír la pulpa de madera de los silenciosos bosques reducidos a polvo para producir los rótulos utilizados en los azulejos de los lavabos. No obstante, era incapaz de mirar para otro lado. En cada viaje en tranvía continuaba leyendo, hipnotizado.

Al llegar a las proximidades de su casa, los comercios estaban abriendo. Sus necesidades eran pocas y ostensiblemente invariables. Tomó su café bajo las arcadas en la Plaza de la Liberación. Después compró el pan en una de las poquísimas panaderías que quedaban en el distrito. Tenía algunas debilidades: por las sardinas apenas asadas, por las anchoas de las Islas Baleares (con el Mediterráneo convertido, como proclamaban los titulares, en un «pozo negro»). Escogió los quesos con deliberación. La estrecha y cavernosa tienda permanecía fresca incluso durante las semanas de la canícula. Optó por el queso de cabra, y en particular una variedad arenosa del interior de Cerdeña. A veces se entretenía en los puestos de frutas y verduras. Al final de la guerra, y durante algún tiempo después, habían

sido grises y fibrosas. Ahora te llamaban, cromáticas y opulentas como una alfombra persa. Ofreciendo rotundos espárragos, rosadas toronjas, naranjas sanguinas, berenjenas, coles en profusión. Él palpó con suavidad los pimientos, dejando que las yemas se regodeasen en las hendiduras. Compró huevos, café en grano, dos pastillas de jabón (estaba en oferta), polvo de lavar, y subió las escaleras de su apartamento de dos habitaciones, ahora llamado «estudio» incluso en aquel barrio nada distinguido.

Tras depositar la bolsa de la compra a sus pies, abrió la puerta provista de doble cerradura. Todos los días asaltaban algún piso. Había subido los cuatro tramos respirando sin dificultad. Después de guardar lo comprado y de despojarse del grueso pañuelo de cuello y de la chaqueta, hizo la prueba. Abrió la ventana y se puso a mirar fijamente en dirección a la cúpula de la basílica de los Santos Mártires. Se alzaba hacia el oeste, en línea directa a través del mar de tejados iluminados por el sol matutino. La prueba. Sabía que el delfín rampante de la vieja giraldilla llevaba una pequeña corona con cuatro florones. Distinguió tres. Luego cinco. Con una mano que olía vagamente a queso, se cubrió un ojo. Después el otro. Aguardó un momento. A continuación bajó la persiana, corrió las cortinas para evitar que entrase la luz, se desvistió y puso el despertador para las tres de la tarde. Había, según recordó, una reunión.

3

Reuniones. ¿A cuántas había asistido en el curso de su vida? Ni siquiera su memoria de ordenancista era capaz de recopilarlas.

De la primera, ciertamente, no se olvidaba. Había tenido lugar durante la brutal guerra civil entre los legionarios fascistas que aún ocupaban los cuarteles y rastreaban las calles oscurecidas en busca de *partisanos*, demócratas, desertores, fugitivos. Había sido una reunión clandestina, en la *sauna* de la casa de baños municipal, cuyo edificio fuera casi arrasado por las bombas liberadoras. Recordaba el punzante olor a cloro y a estuco quemado, la tos seca de su padre en medio de las voces enmudecidas, y el irse a la cama hambriento. Su primera reunión política, y el desafiante orgullo de su padre mientras marchaban cautelosamente a casa por tortuosas callejuelas y terrenos baldíos, acompañados por disparos aislados que emergían de la espesa oscuridad.

Reuniones innumerables durante su período de prueba como mensajero y barredor en la planta de producción: organización sindical, reclamos salariales, huelgas, reuniones para oír a los capataces y a los más altos cargos del sindicato. Aún recordaba el brusco silencio de las prensas y el estruendo de la oratoria a cargo de voces urbanas roncas por el tabaco y la falta de sueño. Algún tiempo después (sabía la fecha y la hora), el bautismo: cuando Tullio lo llevó consigo a una charla sobre la plusvalía en la teoría marxista y

leninista. La dio un sudoroso estudiante universitario, detrás de unas gruesas gafas cuyos reflejos brincaban extrañamente de aquí para allá sobre el estuco marrón y verde de las paredes del atestado recinto. Su primera reunión de Partido. *In memoria*, inviolada, al igual que, en aquel mismo mes enloquecido —las campanas habían estado proclamando la libertad y la goma de mascar—, su primera experiencia sería con el sexo. Más y más reuniones todavía, antes de ser admitido en aquella francmasonería de la esperanza. La ronda de apretones de mano, la austera fiebre del enrolamiento, el carné del Partido introducido, con simulada calma, en el bolsillo del mono de trabajo, y la alegría de Tullio ante el hermanamiento en la fraternidad.

A partir de entonces, profusión de reuniones. Lecciones de teoría social marxista, sobre la herencia de Gramsci, la industrialización, las tácticas en la protesta del proletariado, el papel de la mujer, de los medios de comunicación, del deporte, de las artes y las ciencias, la educación primaria y secundaria en un estado sin clases. Películas sobre la vida en la Unión Soviética y análisis de su destino de vanguardia. Reuniones —obligatorias— sobre la financiación del Partido, el reclutamiento de nuevos miembros, la propaganda electoral y la disciplina, sobre el desviacionismo y el fraccionalismo. Sesiones dedicadas a la composición y distribución de folletos y carteles (iban a nombrarlo secretario de información y publicaciones). Recordaba las acaloradas reuniones de la época de las grandes manifestaciones y huelgas generales antiimperialistas y anti-Otan. Reuniones para juntar dinero destinado a los camaradas con el cráneo roto, a los parados por cierre patronal y a los incluidos en las listas negras. ¡Qué bien recordaba la conmemoración, sofocante, vibrantemente opaca como en una cámara sellada, de la muerte de Stalin! Se habían convertido en huérfanos abrazados en lúgubre aturdimiento. Tullio llorando. Pocos meses después, en ocasión de su viaje —con otros delegados y miembros del comité local— a la manifestación y